

Rev.latinoam.cienc.soc.niñez juv 6(2): 709-738, 2008
http://www.umanizales.edu.co/revistacinde/index.html

“¿Mi novio sería capaz de matarme?” Violencia en el noviazgo entre adolescentes de la Universidad Autónoma Chapingo, México *

Verónica Vázquez García **

Profesora-Investigadora Titular del Colegio de Postgraduados en Ciencias Agrícolas, México.

Roberto Castro ***

Investigador Titular y Coordinador del Programa de Investigación “Sociedad y Salud” del Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias de la Universidad Nacional Autónoma de México.

• **Resumen:** *En este artículo analizamos la violencia en las relaciones de noviazgo en la Universidad Autónoma Chapingo (Uach), una institución mexicana dedicada a formar recursos humanos en ciencias agronómicas. La Uach posee tres características: atrae estudiantes de medios desfavorecidos de todo el país; recibe más hombres que mujeres debido a la construcción de la Agronomía como una ocupación masculina; y, funciona como una*

* Este artículo se deriva del estudio de mayor escala titulado “Violencia de género en la Universidad Autónoma Chapingo”, que consiste en el análisis de testimonios escritos por jóvenes de esta universidad, publicados en 2005 y 2006. El estudio comenzó en febrero 8 de 2006 y se encuentra en curso. La autorización para la utilización del material que hace parte de la investigación está en el Número de oficio: DG-025/06 del 8 de febrero de 2006 de la Dirección General de Difusión Cultural y Servicio de la Universidad Autónoma Chapingo, México.

** Socióloga de la Universidad Nacional Autónoma de México, Maestra y Doctora en Sociología por la Universidad de Carleton (Canadá). Correo electrónico: vero-vazgar@yahoo.com.mx

*** Sociólogo por la Universidad Nacional Autónoma de México, Maestro en Estudios de Población por la Universidad de Exeter (Inglaterra) y Doctor en Sociología Médica por la Universidad de Toronto (Canadá). Correo electrónico: rcaastro@servidor.unam.mx

institución total en el sentido de que sus estudiantes dejan la casa paterna a la edad de 14 ó 15 años para vivir en o cerca de la universidad. El material de análisis está conformado por ocho testimonios anónimos escritos por estudiantes o ex-estudiantes de la universidad, a raíz de una convocatoria abierta. Examinamos los tres tipos de violencia que describen las chicas (psicológica, física y sexual) y la explicación que dan de ella después de haberla vivido. El artículo constituye uno de los primeros trabajos en el país en analizar la violencia en el noviazgo y en el ámbito universitario. Demostramos que el material testimonial puede ser estudiado en profundidad y con rigor si se aplica un método sistemático de análisis anclado en la teoría social y de género. Es necesario hacer estudios similares en otras universidades del país y conocer el fenómeno de la violencia de género desde la vivencia masculina.

Palabras clave: violencia, género, adolescentes, universidad, México.

“¿Meu namorado seria capaz de me matar?” Violência no noivado entre adolescentes da Universidade Autônoma Chapingo, México

• **Resumo:** Neste artigo nós analisamos a violência nas relações dos namorados na Universidade Autônoma Chapingo (UACH), uma instituição mexicana dedicada a formar recursos humanos em ciências agrônômicas. A UACH possui três características: atrai estudantes dos meios mais desfavorecidos do país, recebe mais homens do que mulheres devido à construção da Agronomia como uma ocupação masculina, e funciona como uma instituição total no sentido que seus estudantes deixam a casa paterna quando eles têm 14 ou 15 anos de idade para viver cerca ou na universidade. O material da análise está conformado por oito testemunhos anônimos escritos pelos estudantes ou ex-estudantes da universidade, segundo um apelo aberto. Nós examinamos os três tipos de violência descritos pelas estudantes (psicológica, física e sexual) e examinamos também a explicação que elas procuram depois de vivê-las. Nós demonstramos que o material de testemunho pode ser estudado profundamente e com rigor quando se aplica um método sistemático de análise ancorado na teoria social e de gênero. Precisa-se de fazer estudos em outras universidades do país e conhecer o fenômeno da violência do gênero desde a perspectiva masculina.

Palavras chave: violência, gênero, adolescentes, universidade, México.

“Would my boyfriend be capable of killing me?” Violence in sweetheart relationships among adolescents in the Universidad Autónoma Chapingo, México

• **Abstract:** *In this paper we analyze violence in romantic relationships at the Universidad Autónoma Chapingo (Uach), a Mexican institution that educates human resources in agronomy. Uach has three characteristics: it attracts students from less favored groups all over the country; it receives more men than women, due to the social perception of agronomy as a male field; and it functions as a total institution in the sense that students leave home around 14 or 15 years of age and live in or near the institution. The material under study in this article is constituted by eight anonymous writings by students or former students in response to a public request. We analyze the three types of violence described by the girls (psychological, physical and sexual), and the explanations they offer after they experience it. This paper is one of the first in the country to analyze violence in affective relationships and in the college context. We show that witness accounts can be studied in depth and rigorously by using a systematic method of analysis developed from social and gender theory. It is necessary to pursue similar studies in other Mexican colleges and to explore the phenomenon of gender violence from the male point of view.*

Keywords: violence, gender, adolescents, college, México.

-1. Introducción. -2. Violencia de género, adolescencia y noviazgo. -3. El lugar de estudio: ¿qué es la Uach? -4. Las primeras experiencias de noviazgo. -5. Violencia psicológica y física. -6. Violencia sexual. -7. “Me pregunto ahora, ¿por qué?” -8. En retrospectiva: una consciencia de género que emerge. -9. Conclusiones. -Bibliografía.

Primera versión recibida octubre 17 de 2007; versión final aceptada junio 9 de 2008 (Eds.)

1. Introducción

Una mañana del mes de mayo de 2004, Zuly, estudiante de la Carrera de Agroindustrias de la Universidad Autónoma Chapingo (Uach) fue hallada muerta en un clóset del internado de la Universidad. Había sido asesinada por su novio. La muerte de Zuly conmocionó a la comunidad universitaria y posiblemente fue el estímulo que motivó a cincuenta

y tres estudiantes del sexo femenino a participar en el concurso de relato autobiográfico que las autoridades habían convocado unas semanas antes, y al que hasta ese momento sólo habían respondido cuatro personas. El concurso invitaba a estudiantes y egresadas a narrar las alegrías y vicisitudes de su paso por la institución. Resultado del concurso fue la publicación del libro *Cuéntame tu historia, mujer*, compilado por Castillejos (2005) con treinta de los cincuenta y tres relatos recibidos. Castillejos señala que la edad de las autoras oscila entre los catorce y los veinte años, aunque también escribieron algunas egresadas de mayor edad.

Este artículo tiene como objetivo hacer un análisis de las vivencias de violencia descritas por las estudiantes de la Uach, institución de educación media y superior dedicada a formar recursos humanos en carreras agronómicas. Aunque los relatos contenidos en el libro de Castillejos (2005) no necesariamente representan las experiencias de toda la población estudiantil femenina que ha pasado por la Uach, el análisis que proponemos es relevante porque la problemática que describen tiene muchos temas en común: violencia en el noviazgo, ejercicio de la sexualidad con sentimiento de culpa y sin protección, embarazos no deseados, ataques sexuales por desconocidos, hostigamiento sexual de profesores, compañeros y trabajadores, depresión e intentos de suicidio, anorexia y bulimia. Estas coincidencias sugieren que en la Uach existe un patrón de reproducción de la violencia en contra de las mujeres que debe ser estudiado.

Para realizar esta investigación solicitamos a las autoridades de la Uach acceso a los cincuenta y tres testimonios recibidos para el concurso. Una vez aprobado nuestro proyecto, la editora del libro nos proporcionó cuarenta y siete de los cincuenta y tres testimonios en versión electrónica. El material fue codificado con ayuda del programa Atlas Ti, el cual permite identificar, reunir, comentar y relacionar teóricamente material de tipo cualitativo. Para el presente artículo trabajamos en dos etapas. En la primera, codificamos los cuarenta y siete testimonios de acuerdo a las siguientes temáticas: 1) quiénes son las autoras de los relatos; 2) cómo viven su llegada a la universidad; 3) los tipos de violencia que relatan; y 4) sus explicaciones y reacciones al respecto. El material es rico y extenso por lo que fue necesario establecer algunos criterios para analizarlo. Para el presente artículo seleccionamos testimonios bajo dos premisas: que hablaran de violencia en el noviazgo, y que esta violencia incluyera los tres tipos

descritos en la literatura (psicológica, física y sexual). Se seleccionaron ocho testimonios y a partir del esquema ya expuesto se analizaron las primeras experiencias de las chicas en la universidad, los tipos de violencia que vivieron una vez que iniciaron relaciones de noviazgo, sus reacciones ante ésta y las explicaciones que dan de ella después de haberla vivido.

La investigación ha supuesto importantes retos metodológicos. Quienes escribimos este artículo no tuvimos ningún control sobre el proceso de levantamiento de datos, como ocurre comúnmente cuando se diseña una investigación. El material de análisis llegó a nuestras manos sin que pudiéramos decidir sobre su formato o temática, y consiste simplemente en lo que las estudiantes eligieron contar. En algunos casos desconocemos datos básicos como la edad exacta en la que ocurrieron algunos sucesos, o la duración de la relación donde hubo violencia. Pero, además, hay que recordar que en cualquier ejercicio testimonial hay un fuerte elemento de auto-representación caracterizado por la selección intencionada de eventos. En otras palabras, es probable que haya partes de la historia aún no procesadas que las autoras omitieron. Puesto que sólo tenemos el material escrito, carecemos de la posibilidad de confrontarlo con los antecedentes de cada persona o el lenguaje corporal que está a la mano del investigador o investigadora social cuando hace una entrevista cara a cara.

A pesar de estas limitaciones, el libro posee un carácter testimonial de enorme valor, porque pone al alcance del lector o lectora las ilusiones, decepciones y sufrimientos de las estudiantes que enviaron su relato. Al aplicar la teoría social y de género al material, hemos debido sortear aquellas carencias para dar paso a una descripción sistemática del patrón de violencia de género existente en la Uach. El análisis sociológico puede sustraer del plano meramente individual la reflexión sobre este problema y aportar elementos clave para su mejor comprensión, y puede, por ende, desarrollar intervenciones preventivas más eficaces que aquellas que apelan sólo al voluntarismo, a la autoestima, y a los “valores” de cada mujer. Como señala Bourdieu (1998), es posible analizar a profundidad los datos publicados por otras instituciones y advertir la existencia de patrones subyacentes a los mismos que de otra manera pasarían desapercibidos.

2. Violencia de género, adolescencia y noviazgo

La violencia de género se define como el conjunto de agresiones que se ejercen contra las mujeres *por ser mujeres*, que tengan o puedan tener como resultado un daño o sufrimiento físico, sexual o psicológico, "... inclusive las amenazas de tales actos, la coacción o la privación arbitraria de la libertad, tanto si se producen en la vida pública como en la privada" (Organización de Naciones Unidas, 1993). Tiene sus orígenes en la desigualdad existente entre hombres y mujeres, es decir, "... en cómo se construyen los modelos de masculinidad y feminidad y las relaciones sociales entre hombres y mujeres, que implican la subordinación de estas últimas" (Torres 2004, p.17). Se constituye como un fenómeno histórico y dinámico a partir y dentro de relaciones sociales dadas (Freyermuth, 2004).

Por la manera en que es inflingida, la violencia puede ser física, sexual y psicológica. La primera "... consiste en agresiones que se dirigen básicamente al cuerpo de la mujer, y que repercuten en daño, o intento de daño, permanente o temporal, de parte del agresor sobre el cuerpo de ella", mientras que la segunda "... se refiere a toda forma de coerción que se ejerce sobre la mujer con el fin de tener relaciones sexuales con ella". En la tercera los hombres agreden la psique femenina mediante "insultos, amenazas, intimidaciones, humillaciones, burlas, etc." (Castro, 2004, p.81). Ramírez (2003) señala que la violencia psicológica puede ser verbal, no verbal (silencios, omisiones, intimidaciones expresadas mediante el lenguaje corporal) y social (prohibir el mantenimiento de redes sociales de parentesco, amistad, compadrazgo, etc.). La violencia psicológica es la más común, pero también la más difícil de reconocer (Torres, 2004; Cervantes Et al, 2004), y para algunas mujeres, la que lastima más y por más tiempo. La razón es que la mayoría de las heridas hechas al cuerpo suelen sanar, mientras que el daño al respeto propio y habilidad de relacionarse con otras personas afecta cada aspecto de la vida (De Keseredy, 2000).

Esta clasificación sólo obedece a criterios metodológicos, ya que las distintas formas de violencia no son mutuamente excluyentes y suelen presentarse acompañadas. Por ejemplo, la violación supone humillaciones. O la violencia emocional puede traer consecuencias físicas (por ejemplo un chantaje para impedir que la mujer vaya al médico). Los especialistas y las especialistas han optado por ordenar los diversos grados de severidad de la violencia en términos de un

continuum, para poner así en evidencia su carácter multidimensional y las distintas formas en las que se manifiesta (De Keseredy, 2000; Castro, 2004).

La violencia en la pareja, más que un problema individual, es un problema estructural. Entre los factores que contribuyen a que se presente, sobresalen el aislamiento de las mujeres, la ausencia de redes sociales que contribuyan a que los conflictos se resuelvan de otra manera, la inequidad de género en el acceso a recursos económicos y políticos, el grado de intimidación de la pareja, el nivel de concentración de autoridad en la pareja, y la exposición pasada o presente a la violencia como forma de resolver conflictos (Michalski, 2004). Algunos de estos factores se dan en el ambiente de la Uach, como veremos a lo largo del trabajo.

Históricamente, el concepto de adolescencia ha sido utilizado para referirse a los varones jóvenes de sociedades industrializadas de finales del siglo XX que se enfrentaban a la disyuntiva del empleo inmediato o la continuidad de su educación. En el caso de las mujeres, su tiempo y energía se dirigían hacia el bienestar de la familia, ya que transitaban de la protección de los padres a la del marido. Según Rodríguez y de Keijzer (2002), en el medio rural mexicano contemporáneo los adolescentes y las adolescentes también encaran dilemas vocacionales y laborales, y las opciones de hombres y mujeres son marcadamente distintas. Mientras que los primeros colaboran con sus padres en la agricultura, o trabajando de forma eventual como peones, jardineros o albañiles, las segundas asumen responsabilidades cada vez más importantes en la producción casera de alimentos o en labores domésticas. El paso a la adultez se define por un trabajo de tiempo completo en los hombres y por el permiso social para ser cortejadas y conseguir un buen marido en las mujeres. Estos autores realizan su trabajo de campo en una pequeña comunidad del Estado de Puebla, pero los relatos del libro de Castillejos (2005) describen escenarios similares. En ese contexto de extrema pre-determinación social, la Uach constituye la única posibilidad de ampliar los horizontes de muchas de las adolescentes del medio rural.

Entendemos el noviazgo como “una relación social explícitamente acordada entre dos personas para acompañarse en las actividades recreativas y sociales, y en la cual se expresan sentimientos amorosos y emocionales a través de la palabra y los contactos corporales” (Rodríguez & de Keijzer, 2002, p.42). Los primeros noviazgos suelen

darse durante la adolescencia. Es la época del “primer amor” en torno al cual existe una paradoja: se le atribuye gran valor sentimental, pero también es considerado como un elemento disruptivo que puede alterar en forma dramática las opciones de vida de los adolescentes y de las adolescentes (Larson Et al., 1999). En el medio rural mexicano, las experiencias de noviazgo de los adolescentes y las adolescentes son más espontáneas, cortas y numerosas que las de sus padres, madres, abuelas y abuelos, pero se siguen rigiendo por patrones desiguales de poder entre los géneros tales como la tolerancia ante los noviazgos simultáneos de los varones, las presiones sexuales hacia las novias, el sentido de propiedad del cuerpo de las novias y esposas, la imposición masculina de la decisión de unirse, así como la violencia masculina y el control familiar sobre los desplazamientos y salidas del hogar de las mujeres (Rodríguez & de Keijzer, 2002).

La violencia en relaciones de noviazgo en México es un tema escasamente estudiado. Generalmente la atención ha sido puesta en la violencia conyugal, ignorando la trayectoria social de hombres y mujeres antes de llegar al matrimonio. Estudiar la violencia en el noviazgo es fundamental porque permite analizar la génesis de las desigualdades en las relaciones de pareja, las formas en que se ponen en práctica las diversas determinaciones de género aprendidas desde la infancia, así como el grado en que los adolescentes y las adolescentes están dispuestos o dispuestas a “jugar con estas reglas de género” (Ramírez, 2003). El contexto universitario donde se ubican las autoras de los relatos también ha sido poco estudiado. Los escasos trabajos sobre violencia de género en el ámbito universitario son de corte transversal y cuantitativo (ver Rivera-Rivera Et al., 2006; Castro & Casique, 2006), por lo que el enfoque cualitativo adoptado aquí echará nuevas luces sobre el tema.

3. El lugar de estudio: ¿qué es la Uach?

La creación de la Uach (antes Escuela Nacional de Agricultura y Veterinaria) en 1853 respondió a la necesidad de contar con técnicos agrícolas capaces de satisfacer las demandas de hacendados y latifundistas. Después de la Revolución Mexicana, específicamente durante el gobierno de Lázaro Cárdenas -para quien el reparto agrario y la atención a grupos campesinos eran asuntos prioritarios-, se reorientó el plan de estudios y se acordó que para ingresar a la escuela

se debería ser “hijo de proletario, obrero o campesino, preferentemente procedentes de organizaciones campesinas” (Montaño, 2006, p. 97). La vocación de servicio para con los sectores más desfavorecidos del país continúa hasta la fecha con la política de becas de la universidad. Una de sus características más importantes es que la mayoría del estudiantado goza de apoyo económico a través de dos tipos de becas: con el primero, algunos estudiantes y algunas estudiantes viven en el internado de la universidad y reciben una cantidad en efectivo que les permite sostener gastos personales; el otro tipo de beca es para quienes viven afuera y reciben apoyo económico para sus gastos de manutención. Ambos tipos de estudiantes gozan de servicio de comedor en la escuela. Hay un grupo menor de estudiantes que por su estatus socioeconómico relativamente más favorecido no gozan de ningún tipo de beca (Chávez Et al., 2007).

La Uach mantuvo sus puertas cerradas a las mujeres hasta finales de los años sesenta, a pesar de que desde los años cincuenta comenzaron a graduarse agrónomas de otras instituciones mexicanas (la Universidad Antonio Narro, el Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Monterrey, la Escuela Superior de Agricultura Hermanos Escobar de Ciudad Juárez). A principios de los setenta se graduaron las primeras mujeres de la Uach, y a partir de los ochenta su población femenina aumentó y se asignó un edificio de los dormitorios para las mujeres (Galindo, 1999). Actualmente éstas constituyen aproximadamente un tercio de la población estudiantil. En 2005, 34.4% de los estudiantes y las estudiantes de nuevo ingreso, fueron mujeres (Vázquez & Chávez, 2006).

Estas dos características (la vocación de servicio y la masculinización del ambiente chapinguero) hacen de la Uach un lugar atractivo pero difícil para las mujeres. Atractivo, porque para algunas constituye la única oportunidad educativa para seguir preparándose después de la secundaria; y difícil porque, a pesar de su avance numérico, las carreras agronómicas siguen siendo concebidas como masculinas. En el imaginario chapinguero pervive la imagen del “hombre-western”, “hombre-campo”, “castigador, valiente, cumplidor, macho, bragao, enamorado y muy hombre”, que viste “camisa cuadriculada, botas estrepitosamente vaqueras, hebilla grande y cinturón ancho apretado...” (Díaz, 1997, pp. 32-34). Este es el prototipo del hombre capaz de realizar las arduas tareas que el campo impone, prototipo en el que las mujeres no se acaban de insertar.

El hecho de que los estudiantes y las estudiantes de la Uach vivan en el internado o en lugares cercanos a la universidad (y lejos del hogar paterno) también le imprime un sello especial a la Uach. Según datos proporcionados por el Departamento de Servicios Escolares (citado en Vázquez & Chávez, 2006), en 2005 ingresaron 1665 estudiantes, de los cuales 61.1% provenían de Estados del centro del país, 31.2% del sur y 7.7% del norte.¹ Al alojar a estudiantes de tiempo completo, la universidad funciona como una “institución total”, definida como “un lugar de residencia y trabajo, donde un gran número de individuos en igual situación, aislados de la sociedad por un período apreciable de tiempo, comparten en su encierro una rutina diaria, administrada formalmente” (Goffman, 1984, p. 13). Su rasgo central es que impone sobre las estudiantes la ruptura de barreras entre lo público y lo privado (ambos aspectos se desarrollan dentro de la institución, en compañía de muchos otros compañeros y compañeras, y todas las actividades se llevan a cabo bajo un horario pre-establecido). Las estudiantes se encuentran privadas de su mundo afectivo y deben luchar contra los efectos emocionales derivados de sus nuevas circunstancias.

Los cuarenta y siete relatos analizados describen incidentes de hostigamiento y ataques sexuales en el campus, que hacen que la inmensa mayoría de las chicas de primer ingreso cambien su forma de vestir, pensando en que así “evitarían a los ansiosos machos”. Otras, advertidas por familiares y amigos de que “se cuiden”, porque “la novia del chapinguero no es la esposa del ingeniero”, se concentran en sus estudios y restringen su vida social, lo cual repercute en su calidad de vida y conduce a un severo aislamiento. En dos de los cuarenta y siete relatos esta situación condujo a intentos de suicidio. Una chica con buenas calificaciones asegura haber sido difamada; se decía de ella que “era la consentida de los profesores, por mi cara bonita, por mi cuerpo o por ciertos favores que según ellos yo les hacía”. Otra que incursiona en política universitaria es atacada junto con sus compañeras “con miles de comentarios, hasta protagonistas fuimos de panfletos, donde

¹ La región norte incluye los Estados de Baja California, Sonora, Sinaloa, Nuevo León, Chihuahua, Coahuila, Tamaulipas, Durango, Nayarit, Zacatecas y San Luis Potosí; la zona centro: Aguascalientes, Estado de México, D. F., Guanajuato, Querétaro, Hidalgo, Jalisco, Michoacán, Morelos, Tlaxcala, Puebla y Colima; y la zona sur: Veracruz, Tabasco, Chiapas, Oaxaca, Guerrero, Quintana Roo, Campeche y Yucatán.

no dejaban de pregonar que éramos sólo unas caras bonitas”.

En lo que resta del trabajo analizamos las expresiones de violencia en el noviazgo en los ocho testimonios seleccionados. Hemos respetado el pseudónimo que utilizaron las autoras de cada relato: *Mirlo*, *Alcatraz*, *Queta*, *Maeva*, *Sol y Gaviota*. En dos casos no había nombre alguno, por lo que las hemos llamado *Emily y Teresa*. Esta última escribe su relato en tercera persona.

4. Las primeras experiencias de noviazgo

Las estudiantes dejan su lugar de origen a los 14 ó 15 años cuando su experiencia en relaciones de pareja es aún escasa o nula. La llegada a la Uach implica un cambio radical en su estilo de vida: se encuentran lejos de casa, con las necesidades básicas cubiertas gracias a su beca, y con una libertad de movimiento hasta entonces desconocida. La simple desproporción entre estudiantes varones y mujeres las convierte de inmediato en objeto del interés masculino. Dice una de ellas que pronto conoció “el cortejo instintivo de todo hombre chapinguero; chiflidos en el comedor desde el inicio, invitaciones a salir, a veces hasta serenatas, poemas y cartas de amor”. Las chicas que recién ingresan a la preparatoria son llamadas “pelonas”², y son motivo de interés no sólo de sus propios compañeros de aula sino también de estudiantes más avanzados. “Es sin duda durante los años de preparatoria cuando una alumna siente la mayor presión respecto a los cortejos del alumnado en general”.

Muchas comienzan una relación de noviazgo para no sentirse solas. Cuenta *Queta* que durante su primer año en la Uach “caí en un gran estado de depresión tal vez porque me encontraba lejos de casa, extrañando a mis hermanas y a mis papás, pensando en la opción de darme de baja y estar cerca de ellos”. Por motivos similares, *Teresa*

² En México, se le dice “pelón” o “pelona” a una persona que tiene el pelo muy corto o que no tiene pelo en la cabeza. En algunas universidades mexicanas suele ocurrir que los alumnos de semestres avanzados les hacen “la broma” a los alumnos de nuevo ingreso de cortarles el pelo, de “raparlos”, como una especie de ritual de bienvenida. Esto se hace básicamente a los estudiantes de sexo masculino. Por eso se les llama “pelones” a los estudiantes de ingreso reciente, y aunque a las mujeres no se les corta el pelo así, de cualquier manera el apelativo de “pelonas” se extiende a aquellas de nuevo ingreso.

acepta hacerse novia de un chico “de sexto año” que “estuvo tras de ella casi un mes insistiendo en que fuera su novia”. “Aceptó” -dice- “pero no le gustaba ni lo quería”.³

Otras lo inician porque se sienten presionadas por sus amigas. En palabras de *Mirlo*, “llegó el día en que quería un novio. Ya estaba cansada de escuchar serenatas, flores, invitaciones al cine y a comer pizza a Texcoco”. Para algunas, la *elección* del novio está mediada por diversos factores coyunturales, tales como la soledad en que se ven inmersas desde su arribo a la Uach, o la conveniencia de “aliarse” con quien esté disponible y accesible. Así, *Alcatraz* comienza una relación con Juan, un chico que “el destino” había puesto en su camino porque “no tenía ningún refugio, ningún amigo”. Sólo *Maeva* y *Sol* divergen en este sentido. La primera se expresa así de su primer novio: “ilumina toda mi vida, es como un lucero que yo no cambiaría nunca por nada, es más, creo que borró mi amor por Leonardo Di Caprio y los famosos Back Street Boys”. Desde que lo conoció “su presencia me impactó al instante y me enamoré con sólo mirar sus ojos”. *Maeva* se “sentía feliz, no pedía otra cosa más que estar a su lado”. *Sol* “aún no olvida” a su primer novio, “sigo creyendo que fue y es de lo mejor que me ha pasado”.

La presión por tener a alguien, ya sea para combatir la soledad o porque las amigas ya han conseguido una pareja, influye en la decisión de las chicas de “formalizar” su noviazgo aún cuando el muchacho en cuestión sea casi un desconocido:

“...Y lo elegí, lamentablemente con el tiempo pude conocerlo como era pues antes sólo mostraba sus mejores cualidades, como que le gustaba el fútbol y jugaba muy bien, era muy trabajador, estudiaba en Zootecnia. Pero era un hombre que tenía mucho rencor y temor a su padre, pues lo llevó a Chapingo a los 14 años sin querer irse de su casa pues el papá quiso ser agrónomo y no pudo. Lo supe mucho después, cuando pateaba con furia a los animales del ranchito o buscaba venganza con sus amigos si le respondían mal” (*Mirlo*).

Chapingo impone un ambiente sin precedente para estas parejas jóvenes recién formadas. En otras circunstancias, cada uno de sus miembros viviría en el hogar paterno y materno, y sólo compartirían juntos algunos momentos del día o los fines de semana. Pero en la Uach la convivencia es mucho más intensa debido al carácter de

³ Recordemos que Teresa escribe su relato en tercera persona.

“institución total” de la universidad. *Queta* comienza una relación de noviazgo con Carlos, que “pasaba por lo mismo que yo... pues además de que estaba solo y olvidado, también tenía depresión”. Inician de manera “un tanto forzada, tal vez por la desesperación de querer estar con alguien y ya no sentirnos tan solos”. Se van acostumbrando a estar juntos: “íbamos a clases, al comedor, a hacer trabajos y poco a poco sin darme cuenta me fui acostumbrando a estar con él”. En estas circunstancias las parejas establecen una relación muy cercana que algunas chicas describen como de dependencia. En palabras de *Alcatraz*, Juan se convierte “en mi escudo, en mi defensor, mi aliento y así poco a poco fue la parte más importante de mi vida”.

5. Violencia psicológica y física

Generalmente las primeras manifestaciones de violencia psicológica se dan en los primeros meses de relación, para luego dar paso a la física, si es que la mujer se subordina a ella (Ramírez, 2003). La violencia psicológica suele ser producto de los celos que expresan deseos de dominio y posesión, evitando “cualquier tipo de relación con familiares y amigos que pueda poner en peligro la exclusividad del vínculo” (Velázquez, 2004, p.125). Citamos el caso más ilustrativo: Carlos y *Queta*. Él comienza a ejercer control sobre las amistades y el tiempo de ella, prohibiéndole “que les hablara a los demás, hasta a mis amigas; en los pasillos no debía saludar ni mirar a nadie y en el comedor sólo ver mi charola”. Llega al extremo de quitarle la credencial de estudiante para obligarla a que siempre comieran juntos; ella en ocasiones se queda sin servicio porque él “al final de cuentas nunca llegaba”.

Carlos controla la apariencia de *Queta*. Resalta en la siguiente cita el que ella considere que “las chicas normales de quince años” puedan vestirse como quieran pero “sin ser provocativas”. Al sugerir que el tipo de vestimenta de una mujer ocasiona la violencia en contra de ella, *Queta* pone en evidencia su internalización del control masculino:

“No dejaba que me maquillara y se molestaba si me vestía como una chica normal de quince años (sin ser provocativa claro), él escogía la ropa que debía de ponerme y si no lo hacía no me dejaba salir de mi cuarto hasta que me ponía lo que él decía” (*Queta*).

Carlos también ejerce violencia psicológica controlando el dinero de *Queta*:

“apenas llegaba el cheque de mi beca, me mandaba a que lo cambiara el mismo día de pago, sin dejarme ni un peso, se lo gastaba comprándose cosas para él y disparándole cerveza a sus amigos. Y yo... sin nada” (*Queta*).

En los casos de *Alcatraz*, *Teresa* y *Maeva*, la violencia física se asocia al consumo de alcohol. Mientras que algunos autores establecen una relación directa entre éste y eventos de violencia, otros son más cautelosos al decir que el alcohol es un detonante, pero no una causal de la violencia. Cualquiera que sea el caso, el consumo de alcohol es, para algunos hombres, una manera de “darse valor” para acercarse a una persona, expresar afecto y, paradójicamente, también para ejercer violencia (Ramírez, 2003). Citamos a *Alcatraz*:

“Para octubre vino la primera golpiza, claro que lo recuerdo bien, fue el 12 de octubre. Él estaba tomando y quería que yo estuviera presente, estábamos con otro paisano, eran ya las doce y querían seguir tomando, salimos a comprar más alcohol al Gallo, topamos a otro muchacho que había ido a comprar más alcohol, lo digo porque traía una botella llena en las manos. Ese hombre me tocó, yo me defendí, y en lugar que mi novio me defendiera, me cacheteó, me insultó muy feo, me caí de la cachetada y también me pateó. Traía una navaja que me habían dado a guardar, estaba tan molesta que la saqué y le tiré por donde pude, le corté en un brazo, pero a mí me tocó cortarme el dedo, fue una cortada muy profunda, sangraba bastante, y el paisano sólo observaba, sin hacer nada” (*Alcatraz*).

Es común a los relatos que la mujer no comente sobre lo que le pasa debido a la humillación que siente. *Alcatraz* continúa: “en cuanto amaneció me fui a casa de unos familiares, les dije que me habían asaltado, me llevaron al doctor, no había nada grave”. Para que los golpes se notaran menos, *Alcatraz* se maquillaba.

También es común que los hombres pidan perdón después de eventos de violencia y las mujeres hagan lo que Cavanagh (2003) denomina el “trabajo emocional”, que consiste en consolarlos a pesar de que las violentadas fueron ellas. *Alcatraz* decide no ver a Juan “nunca más” pero él llega “tan arrepentido, según, y me pidió perdón... me pidió que regresáramos, insistió e insistió, y yo con toda mi estupidez le volví a aceptar”. Estuvieron bien por 15 días y “de nuevo los pleitos, los gritos, jalones, sexo por rutina”. *Teresa* también describe un ciclo de “peleas, engaños y perdón”, donde “ella siempre lo justificaba y volvía con él”.

En una ocasión él le da una cachetada. Al día siguiente va a disculparse, “intentó hablarle pero ella no lo escuchó, además estaba borracho... y como no le contestó bien le dio otro golpe”. *Teresa* lo perdona de nuevo, “exponiéndose a que la siguiera golpeando”. Como las otras chicas, *Teresa* “no lo comentó con nadie, ni siquiera tenía con quién”. Su aislamiento contribuye a que no pueda salir del ciclo de violencia.

6. Violencia sexual

En un trabajo sobre abuso sexual en mujeres adolescentes, Claramount (citada en Montaña, 2006) señala que los hombres suelen pedir “pruebas de amor” y amenazar a las mujeres con abandonarlas si no “se entregan” a ellos. En nuestro estudio sucede algo muy parecido. Por ejemplo, *Teresa* comenta que poco tiempo después de haber iniciado su noviazgo “él quería sobrepasarse y siempre se discutía sobre eso”. Un día apareció y le dijo “si me quieres entrégate a mí”, con la amenaza de que “voy a buscar en otra mujer lo que tú no me das”. *Alcatraz* comenta las razones que la condujeron a tener sexo con Juan, su primer novio. Él “se le declara” y a ella se le dificulta tomar una decisión porque “jamás antes había tenido novio”, pero decide aceptar porque “era la persona más cercana a mí en este pequeño mundo que yo sentía tan vacío”. El miedo a perderlo hace que ella acepte “entregarse” ya que él “no perdía la oportunidad” para pedírselo. *Emily*, por su parte, justifica haberlo hecho diciendo que “necesitaba amor, cariño, comprensión y creo que no lo supe buscar; pero dicen que la soledad te encamina en los brazos de la lujuria y tal vez esto es cierto”.

En estos testimonios se percibe la doble moral que rige el comportamiento sexual de los jóvenes y las jóvenes de la Uach. Los hombres se ven representados como activos y con necesidades sexuales incontrollables, mientras que las mujeres son seres puros y pasivos. Resalta la dificultad de éstas para ejercer su sexualidad sin sentimiento de culpa, producto del ideal de la virginidad femenina, el símbolo más grande de su pureza. Este sentimiento las ata al primer hombre con el que tienen sexo, algo que ellas conciben como pecaminoso e indigno de una chica que asocia la virginidad con el matrimonio. Estudios como el de Amuchástegui (2001) y Rodríguez y de Keijzer (2002), realizados con poblaciones jóvenes de otras regiones del país, también enfatizan el importante papel que juega la virginidad en regular la práctica sexual femenina.

Ninguna chica concibe las presiones y chantajes para tener sexo como un acto de violencia sexual. Pero la insistencia de los hombres para que “se entreguen” es lo que Velázquez (2004) llama “sexo bajo presión”, practicado cuando las mujeres sienten culpa o miedo de decir “no”. Cuando *Alcatraz* habla de tener “sexo por rutina” y *Gaviota* dice que tenía que “hacer el amor donde y cuando él quería”, se están refiriendo al sexo bajo presión, que es una forma de violencia psicológica y sexual.

Un punto importante de los relatos es el alto índice de embarazos (cinco de ocho). Según Ramírez (2003), algunos hombres buscan el embarazo para disminuir las posibilidades de abandono, controlar a la mujer, “apropiarse” de su cuerpo, y clausurar cualquier compromiso con otra persona. Este parece ser el caso de Emmanuel. A partir de su embarazo, dice *Gaviota*, Emmanuel “realmente... se preocupó por mí, por mis necesidades y fue la primera vez que lo vi ilusionado con nuestra relación”. Sin embargo, “nunca le propuso matrimonio” y al momento de escribir su relato ya vivían separados. *Gaviota* recibe apoyo de su familia para criar a su hijo mientras que Emmanuel sigue “desperdiciando su vida (...) sin saber el verdadero valor de una familia”.

El que los hombres no tomen las precauciones necesarias para no ocasionar embarazos es otra forma de agresión que causa graves heridas psicológicas e incluso puede poner en riesgo la vida de las mujeres (Claramount citada en Montaña, 2006). En los relatos analizados prevalece un discurso que ubica a las mujeres como las únicas responsables de prevenir un embarazo y se concibe a los hombres como si no tuvieran capacidad reproductiva. Dice *Sol*: “no me cuidé, no fui por preservativos y al año me volví a embarazar”.

Diversos estudios señalan que cuando el embarazo no es deseado, o hay un uso inadecuado o inconsistente de métodos anticonceptivos, se puede presentar violencia durante aquél, ya sea por primera vez o como continuación de un patrón previamente existente (Gazmararian Et al, 1995; Campbell Et al, 1995; MacMahon Et al, 2000; Godwin Et al, 2000). Tres de los testimonios analizados parecen indicar que la violencia física y psicológica empezó precisamente con el embarazo. Estos son los casos de *Sol*, *Emily* y *Maeva*, que describimos a continuación

Sol tuvo un aborto la primera vez que se embarazó porque “tenía miedo, mucho miedo, no podía tener a ese bebé”, pero no sin sentimiento de culpa: “el cargo de conciencia aún lo traigo conmigo”.

Al año siguiente se volvió a embarazar por “no ir por preservativos”. Una vez embarazada, Jorge le dio su primer golpe: “por esas mismas fechas recibí mi primer golpe de Jorge, aún lo recuerdo, fue en el baile de la foto, me sacó de la comida y como si nada me golpeó en el ojo, al otro día andaba con el ojo morado”.

Isaac, el novio de *Emily*, “estuvo a punto” de golpearla durante su embarazo y le prohibió el contacto con otras personas:

“entre mi pareja y yo ya no había mucha comunicación, a decir verdad desde el inicio de semestre ya andábamos mal, casi siempre había un motivo para discutir, no me tocaba la pancita cuando el bebé se movía o cuando daba de pataditas y eso me hacía sentir desdichada y más sola e incluso llegó un momento en el que estuvo a punto de golpearme y me prohibió tener alguna amistad con cualquier alumno” (*Emily*).

Emily deseaba que Isaac la “quisiera un poquito, pero a él no le importó, no sabía que necesitaba que alguien me quisiera un poco, sólo un poquito”. Su embarazo se convirtió en “un infierno” y *Emily* puso en riesgo su vida al no atenderse debidamente. Cuando comenzaron los dolores de parto “no se lo comentó a nadie” y al llegar al hospital tenía preclampsia C. *Emily* estuvo dos horas en observación para controlarle la presión:

“Sentía mucho frío e incluso hubo un momento en el que cerré los ojos y vi una luz blanca, sentí que me estaba yendo. Cuando comencé con más dolores, eso me hizo reaccionar. Los doctores dijeron que si no me controlaba, me moriría junto con mi bebé, me puse a llorar y a pedirle a Dios que me permitiera vivir un poco más” (*Emily*).

La bebé nació por cesárea. *Emily* permaneció cuatro días bajo observación, tiempo durante el cual, según ella, “fallé como madre porque mis pezones no estaban formados y también se taparon y no me salía leche, por esto mi bebé no comió casi dos días, de lo único que se alimentó fue de suero”. Cuando todo terminó, la madre de *Emily* se llevó a su nieta a Chiapas. *Emily* vivió la separación con tristeza y todavía no puede perdonarse, “no saber lo que tenía cuando lloraba, no estar con ella”. La relación con Isaac “se esfumó” y *Emily* se consiguió un trabajo en el comedor de la Universidad para apoyar la manutención de su hija.

El caso de *Maeva* es muy similar. Al enterarse de su embarazo, Joaquín, su novio, “se puso como loco, incluso trató de obligarme para

que abortara pero no lo hice. Traté de hacerle entender que lo amaba y me dijo que escogiera, en unión libre o nada". *Maeva* se fue a vivir al pueblo de Joaquín porque él ya había terminado la carrera, aunque ella no. Durante el embarazo la relación se deterioró notablemente:

"Hubo días en los que ya no encontraba ni por qué regañarme, que si no le gustaba la comida, que si no le planchaba bien su ropa, que si cada vez me ponía más cerda, como él me llamaba; aún no se me olvida su forma de mirarme, parecía que le daba repugnancia estar cerca de mí, me gritaba que yo era un estorbo en su vida" (*Maeva*).

Maeva tuvo a su bebé después de una golpiza en la que quedó inconsciente:

"Joaquín llegó borracho una noche de tantas pidiéndome esos chilaquiles⁴ que nunca supe hacer, estaba fuera de sí y me gritó cosas que me dejaron marcada. Sentí miedo y me escondí en mi cuarto, no quise abrirle la puerta porque temía lo que podía hacerme en ese estado, pero pateó bruscamente que logró abrir y me sacó a golpes, no pude defenderme, tuve tanto miedo por mí y por mi bebé, ya tenía cerca de los nueve meses y estaba asustada. Lo último que recuerdo de esa discusión es que me arrojó al piso como la chancla⁵ que no se vuelve a levantar. Cuando desperté lo primero que hice fue preguntarle a la enfermera por mi hijo -está bien, fue una niña- dijo. Me sentí feliz pero confundida" (*Maeva*).

Los casos de abortos son pocos: el primer embarazo de *Sol* y el de *Alcatraz*, quien lo relata con algo de detalle. Su historia es digna de contarse ya que también puede ser leída como una manifestación de violencia masculina. Al descubrir su embarazo, *Alcatraz* se sintió muy angustiada:

"no puedo describir todo lo que sentí en esos momentos, estaba llena de tristeza, de resentimiento, de odio hacia mi, hacia él, incluso hacia Dios, toda mi fe se había derrumbado, blasfemé, le reclamé tanto a Dios... por qué en tan poco tiempo mi vida había cambiado tanto, le reclamé el camino que había escogido para mí, la prueba que sabía que no podía superar" (*Alcatraz*).

⁴ Plato típico a base de tortillas, acompañado de salsa, crema y queso.

⁵ Sandalia de plástico. La autora hace alusión a una canción ranchera, "la chancla que yo tiro no la vuelvo a levantar".

Juan le dijo que “no se haría cargo del niño” y bajo su presión, *Alcatraz* decidió abortar con pastillas, a pesar de que piensa que el aborto es “un pecado mortal”, noción claramente vinculada con el hecho de que actualmente se defina a sí misma como una “asesina”:

“Los dolores fueron espantosos, creía que iba a morir, él no podía hacer mucho más que escuchar mis quejidos, de tanto esperar se dormió. Sin su ayuda me levanté como pude como a las cuatro de la mañana, me senté en el baño e hice un esfuerzo, sentía algo que venía de adentro, para mi horror vi claramente al feto, todavía se movía, lo solté del miedo en la taza, alcancé a ver que se trataba de un varoncito. Yo ya era una asesina, me sentí fatal y no tanto físicamente, sino moral y espiritualmente” (*Alcatraz*).

Después del aborto *Alcatraz* se puso a “estudiar arduamente” para pagar materias que debía. Juan también las debía pero ella decide no ayudarlo porque “no quería mi corazón verdaderamente ayudarlo”. Terminaron el semestre “y junto con él nuestra relación”.

7. “Me pregunto ahora, ¿por qué?”

Una pregunta muy frecuente en el análisis de la violencia de género es ¿qué hace que las mujeres permanezcan en una relación de violencia? En los testimonios de la Uach pudimos identificar tres razones: la primera es el control que los hombres ejercen sobre las mujeres, lo cual repercute en la visión que tienen de sí mismas y crea mayor aislamiento. En el caso de Carlos y *Queta*, el primero la maneja con “amenazas chantajistas de que me dejaría sola y nadie estaría conmigo, que nadie se fijaría en mí por ser fea y tonta”. La hace sentir dependiente de él “porque yo era una inútil y una basura que no valía nada”. El control de Carlos, efectivamente, aleja a la gente de *Queta*: “las personas que conocía me dejaron de hablar por verme con él”. Este aislamiento contribuye a que *Queta* no pueda desvincularse de la relación.

El control masculino puede alcanzar tal nivel, que la mujer no se separa de su novio simplemente porque teme por su vida. Durante un año entero, nos dice *Gaviota*, soportó “golpes, reclamos, celos... sin poder hacer nada porque si lo dejaba me amenazaba con que se mataría o se haría daño. En una ocasión se enterró una navaja en la pierna porque dije que no simpatizaba con su partido político. Eran cosas realmente téticas, llenas de chantajes y golpes, lágrimas y angustias” (*Gaviota*).

Algunas mujeres resisten la violencia pero esto enfurece más a sus novios. *Queta* cuenta del “buen día” en que decide “rebelarse” maquillándose, peinándose y poniéndose “ropa que le gusta”. Carlos la jalonea y lleva a su cuarto “con gritos e insultos”, diciéndole que “parecía una cualquiera y que si lo volvía a hacer me golpearía más fuerte de lo que ya había hecho”. Ella le dice que ya no quiere estar con él y éste la encierra en su cuarto. *Queta* intenta aventarse por la ventana por lo que él “enfurece”, la toma de los cabellos y la azota contra la pared. Ella cae al suelo “un poco inconsciente”, él la golpea “en el cuerpo y la cara diciendo maldiciones en contra mía”. Ella grita, las vecinas escuchan, tocan a la puerta y él decide marcharse.

La segunda explicación tiene que ver con el discurso del “amor perfecto” o “romántico” que ata a las mujeres a los hombres, al regular las formas en que ellas interpretan signos de violencia. Procesos similares han sido descritos en otros estudios (Town & Adams, 2000; Altable, 2005). En este discurso, ser el objeto de pasión de un hombre se instituye como la meta suprema de las mujeres. La “promesa del amor” tiene mucha eficacia en su psique y algunas ceden al maltrato en busca de esa promesa. Otras piensan que el amor tiene un efecto curativo, y que el de ellas hará que su hombre cambie (Velázquez, 2004). *Queta*, por ejemplo, se lamenta haberse dejado llevar por “las palabras bonitas del primero que las dijera sin antes conocerlo”. *Teresa* termina con su novio y está más de un mes sin verlo pero “lo quería y siempre deseaba que él llegara al cuarto, siempre anhelaba que fuera a verla y platicaran, que las cosas fueran distintas”. Vuelve varias veces con él a causa de “todo ese discurso que los hombres nos hacen a veces”. A *Mirlo* le parecen románticos los celos e inseguridades de su novio:

“Pasé los tres últimos años con él. Poco a poco logró que me alejara de mis amigos, amigas y actividades, hasta de la danza. Su temor de perderme era muy fuerte, eso generaba enormes celos e inseguridades. Comprendí que era su punto de apoyo para hacer muchas cosas, al principio lo vi como algo muy bonito y romántico, pues así quería tener una pareja, así que empecé a depender de él también” (*Mirlo*).

Maeva, por su parte, se emociona con la serenata que le lleva Joaquín:

“Me sonrió cada vez que recuerdo cuando me pidió que fuéramos novios, llegó ebrio a mi cuarto, acompañado por sus amigos con los que planeó llevarme serenata, me cantaron una canción de

Nicho Hinojosa (el cual no es de mi agrado) pero en ese instante fue como si Pedro Infante estuviera ahí, cantándome al oído “amorcito corazón”, todo eso ameritaba como respuesta mía un sí rotundo. Estaba tan emocionada que ni siquiera me molesté porque vomitara sobre mi camisa, al contrario, la guardé como triunfo y seña de que ya éramos más que amigos” (*Maeva*).

Al apegarse a ideales socialmente construidos del amor y la estabilidad en pareja, las mujeres justifican o niegan que exista el maltrato (Velázquez, 2004). *Maeva*, por ejemplo, minimiza las primeras manifestaciones de violencia de Joaquín hacia ella, como el vomitarle encima. Al hacerlo, cambia el significado de un acto que podría ser considerado ofensivo para que se convierta en algo permisible, lo que Cavanagh (2003) denomina “trabajo de enmienda” (*remedial work*; nuestra traducción). Esto es común en relaciones donde hay violencia, ya sea para sobrellevarla (en el caso de las mujeres) o para negar su daño (en el caso de los hombres). *Maeva* explica -sin darse cuenta- cómo funciona el trabajo de enmienda con respecto a Joaquín:

“Los primeros días se mostró muy afectivo, aunque algunas veces lo hacía enojar y optaba por darme cachetadas, pero nada de importancia. Nunca me discriminaba por mi lugar de origen, sólo me recordaba de dónde era, con eso de -chilanga hija del miércoles- quizá para que no olvidara mis raíces, eso creo” (*Maeva*).

Una tercera explicación, quizás la de más peso, tiene que ver con la entrega sexual descrita arriba. En los relatos se advierte la existencia de la idea de que “el hombre llega hasta donde la mujer quiere” y después de haberles insistido para que accedan a tener sexo, los novios las hacen sentir sucias, inmorales y responsables de posibles embarazos. Esta “contradicción masculina” (Castro, 2004), que es en sí una forma de violencia psicológica, conlleva violencia física y sexual. *Alcatraz* comenta que el primer evento de violencia física se presenta después de la primera relación sexual, porque Juan siente que “tenía todo el derecho sobre mí, empezó a ser celoso, a gritarme por cualquier cosa, casi todo lo que hacía le parecía mal y de todo yo tenía la culpa”. Ella acepta (por un tiempo) porque “siempre había creído que el primer hombre en tu vida debía ser el único, creí que seguir aguantándolo redimía mi pecado o pagaba el costo de entregarme a él”. Tiene que pasar algo en su interior para que *Alcatraz* se libere de esta forma de pensar, tema que desarrollamos en la próxima sección.

8. En retrospectiva: una consciencia de género que emerge

La gran mayoría de las chicas ya terminaron la relación de noviazgo que describimos aquí; únicamente *Sol* vive con Jorge, el padre de su hijo. Analicemos ahora los distintos elementos que conforman la visión que tienen las chicas de sí mismas después de haber terminado su relación. Testimoniamos la emergencia de una consciencia de género, aunque con algunas diferencias entre las autoras que vale la pena discutir.

El primer elemento es un rechazo a la cosificación del cuerpo femenino, acompañado de la reafirmación de las capacidades intelectuales de las mujeres. *Mirlo*, por ejemplo, se libra de “atuendos sociales”, es decir, de las expectativas de género que se tienen de ella porque su valor está “en mi cabeza y no en mi cuerpo”. *Alcatraz* ofrece a sus lectoras la certeza de que las mejores cosas están “dentro de ti”, mientras que *Queta* se hace el propósito de “valorarme más como persona y como mujer que tiene principios y valores”.

Segundo, las chicas resaltan la importancia de cuidarse, de tomar control sobre sus vidas, de “preocuparme por mí” (*Alcatraz*), de “ser más responsable con mis cosas y conmigo misma” (*Queta*). *Mirlo* lo describe así:

“Vuelvo a retomar el amor por mí, como cuando pintaba o dibujaba, como cuando una vez toqué un instrumento frente al público o hacía un deporte, en mi caso la danza, o sólo cuando salía a jugar, eso me hace sentir bella” (*Mirlo*).

Tercero, las autoras se formulan proyectos de vida, tanto en lo profesional como en lo personal. *Mirlo*, por ejemplo, comienza a estudiar una Maestría. *Alcatraz* obtiene “un súper grandioso cuadro de honor, fruto de mis esfuerzos”. Lo más importante es que con ello, logra que “nadie la ofenda ya”. *Queta* reafirma su derecho a ser “Ingeniero Agrónomo” (sic), una carrera concebida para varones:

“... lo más importante que me ha enseñado la Uach ha sido a amar mi carrera y amar al campo, porque aunque algunas personas piensen que estudiar Ingeniero Agrónomo es para varones, para mí es una puerta abierta y una oportunidad más por explorar para cualquier mujer que se lo proponga” (*Queta*).

Sol, la única que permanece en la relación de noviazgo descrita aquí, escribelíneas similares, mostrando abiertamente su desacuerdo con Jorge con respecto al papel de las mujeres en la Uach. Sus líneas constituyen una afirmación de su derecho a formarse profesionalmente:

“Sigo con Jorge... y una de las cosas en las que no estoy de acuerdo con él es que dice que si tuviera una hija no la dejaría entrar a Chapingo porque dice que las mujeres se echan a perder, yo más bien creo que las mujeres de Chapingo somos luchonas, muy profesionales, muy trabajadoras, con todo y las limitantes que nos pongan enfrente... sé de tantas mujeres que han sacado su carrera y sus hijos adelante, cuando tantos y tantos hombres huyen de su responsabilidad y... evaden su realidad” (*Sol*).

En el campo personal se dan nuevas perspectivas sobre el matrimonio y la maternidad. Por ejemplo, *Mirlo* señala estar casada con otro hombre y “ser madre por decisión”, pero indica que el matrimonio no es la clave del éxito de la felicidad femenina, ya que es posible “formar hogares con y sin un varón”. Se prepara para no “repetir patrones de conducta de la herencia familiar y de las mujeres” en la educación de su hijo y argumenta que, para tener éxito, “mi esfuerzo tiene que ser tres veces más, uno por mi género, segundo por la profesión, tercero por la maternidad”, ya que conoce el ambiente laboral donde los hombres se sienten “invadidos por las mujeres”.

Alcatraz cuestiona “los tabúes que uno trae”, pues “aferrarte a un hombre por ser el primero en tu vida... no es lo correcto”. Redefine las relaciones de pareja señalando la importancia de que éstas se den en condiciones diferentes a las que ella vivió. Decide que “nadie más me va a hacer daño” y que “si algún hombre se atravesara en mi vida íbamos a querernos equitativamente”.

Sólo una de las ocho chicas, *Teresa*, no termina su relato con el tono auto-afirmativo de sus compañeras. La misma estructura de su testimonio indica que aún tiene dificultades para enfrentarse a lo vivido, ya que todo lo escribe en tercera persona. Aún así, la autora resalta la necesidad de hacer cambios en su vida:

“Creo que [ella] debe cambiar, quiere cambiar pero es que es tan difícil, ha fallado muchos intentos por acercarse más cada día a la gente y sobre todo a sus nuevos compañeros del grupo al que se acaba de cambiar, a platicar, a salir más y no quedarse en el cuarto encerrada, ha tenido muchas pruebas y cada instante de su vida es como una oportunidad para cambiar, para ser otra” (*Teresa*).

Estos elementos conforman la precaria consciencia de género que comienza a aparecer en la vida de nuestras jóvenes autoras. Es una consciencia formada sobre todo a partir de la experiencia pues, a

juzgar por la evidencia que nos dan, sólo una de ellas, *Mirlo*, ha estado en contacto con la teoría de género a través de una Maestría. Por esta misma razón existen algunas diferencias interesantes entre ella y el resto de sus compañeras. La primera percibe el carácter estructural de la opresión femenina, al señalar que decidió escribir su relato porque “sé que hay mujeres que conozco que... están o han pasado por situaciones similares a las mías y no me sorprende”. Las demás, por el contrario, tienen una visión más individualista y sus soluciones se centran únicamente en las mujeres, enfatizando la responsabilidad de éstas sobre la de los hombres en reproducir la inequidad de género:

“No permitas que una mala experiencia te derrote, toma fuerzas y levántate, no hay golpe del cual no puedas levantarte. A lo mejor nadie te acompaña en tu camino, pero encuentras mejores cosas dentro de ti, eso te lo puedo asegurar yo. Recuerda también que eres un espejo, lo que reflejas es lo que ven los demás” (*Alcatraz*).

“... el hecho de decir que las autoridades y otras personas o los hombres son culpables de lo que nos pasa, no es del todo cierto porque para que los demás nos ayuden y nos respeten es necesario aprender a cuidarnos y a respetarnos a nosotras mismas” (*Teresa*).

Así pues, esta emergente conciencia de género presenta limitaciones. Por ejemplo, se advierte que con respecto al ejercicio de su sexualidad, las chicas siguen omitiendo el papel de los hombres en la reproducción y no mencionan la importancia de involucrarlos en el uso de anticonceptivos:

“Debemos cuidarnos y hacernos responsables de los actos que cometemos, creo que hay muchos anuncios de métodos anticonceptivos, si tan sólo los escucháramos y los utilizáramos nada de esto pasaría” (*Emily*).

“Creer que la primera vez no pasa nada también es una idea muy errónea, los anticonceptivos, si quieres iniciar una vida sexual, allí están, pero falta que tú sepas qué son y quieras utilizarlos” (*Alcatraz*).

9. Conclusiones

Al analizar la violencia en el noviazgo descrita en ocho relatos de estudiantes o ex estudiantes de la Uach, hemos podido identificar los diversos tipos de violencia que se presentan en esta institución. Pese a las limitaciones metodológicas que hemos debido afrontar, al trabajar con testimonios en cuyas condiciones de producción no tuvimos ningún control, hemos mostrado aquí que es posible identificar patrones en el discurso de las entrevistadas que remiten a una estructura de dominación de género. En esta última sección analizamos las contribuciones más importantes del artículo y señalamos algunos temas pendientes de investigación.

Una primera contribución es haber realizado lo que constituye quizás el primer análisis cualitativo de la violencia en el noviazgo adolescente en México. Se trata de relaciones donde lo que hay de por medio no son los hijos e hijas, o la estabilidad económica, sino las primeras experiencias sexuales, los estudios y el comienzo de un proyecto de vida. Los relatos no nos permiten conocer la duración de la violencia en cada noviazgo, pero nos atrevemos a decir que se trata de episodios más cortos que en los casos de violencia conyugal, puesto que las chicas no se han establecido formalmente con sus parejas. Por otro lado, conviene preguntarse sobre la huella que deja en ellas el haber iniciado su vida amorosa con experiencias de violencia. Aunque la mayoría termina sus relatos con un tono auto-afirmativo, también la mayoría piensa que para evitar la violencia basta con quererse a sí misma, lo cual sin lugar a dudas constituye una simplificación, quizás aprendida e internalizada, de un problema por demás complejo. La dificultad para acceder a una plena concientización sobre el problema, que se expresa en este tipo de afirmaciones *voluntaristas*, es quizás la mayor expresión de la fuerza con que sigue vigente la dominación de género a la que están sometidas estas mujeres. Queda pendiente profundizar en la investigación sobre cómo interpretan ellas la violencia de género en esta etapa de su vida, a medida que acumulan más experiencias en relaciones de pareja.

Una segunda contribución reside en haber ubicado el estudio en el medio universitario, que apenas comienza a trabajarse en México. Todavía hay que establecer con mayor certeza hasta qué punto las características propias de la Uach -su vocación social que atrae a los sectores más desfavorecidos del país; su desbalance en la composición

por género; y su naturaleza de institución total- le imprimen una dinámica particular a las relaciones de género que se dan en su interior, constituyéndolas en campos favorables para la violencia. Es necesario realizar más trabajos en otras universidades del país para identificar con mayor exactitud los mecanismos que promueven la violencia de género, así como los medios para detenerla en un contexto juvenil y universitario.

Según Ramírez (2005), es común que las mujeres sean representadas como víctimas de la violencia e incapaces de enfrentarse a los varones, a pesar de que los planteamientos teóricos utilicen conceptos como el de "resistencia". Aquí hemos visto que la permanencia en relaciones donde hay violencia obedece a un complejo patrón de determinaciones sociales. Este tipo de análisis constituye un importante aporte a la literatura, porque derriba concepciones pre-establecidas sobre la violencia en pareja y abre nuevos caminos para la intervención (Cavanagh, 2003). En algunos de los casos estudiados aquí -por ejemplo, *La Gaviota*, *Sol* o *Maeva*, que describen como "tétrico" el control que se ejerce sobre ellas, y llegan al punto de quedar inconscientes por los golpes-, las mujeres permanecen en la relación simplemente porque temen por su vida. Pero, además del miedo, están las normas de género inculcadas desde la niñez, que incentivan el sometimiento femenino: la creencia de que el amor "lo puede todo", el valor asociado con la virginidad, y el sentimiento de culpa al perderla, que sin duda contribuyen a que una relación violenta se prolongue a lo largo del tiempo.

Resulta muy revelador que al final de los relatos estas normas queden en entredicho. Puede decirse entonces que las formas de resistencia que aplican las mujeres están en función del peligro que enfrentan; y que las normas de género son un obstáculo para que dicha resistencia sea más eficaz. En otras palabras, las mujeres que escribieron los relatos estudiados aquí son todo, menos víctimas. Su proceso ejemplifica una lucha constante para ser personas en una cultura patriarcal. El que sólo una de ellas, *Mirlo*, perciba el carácter estructural de la violencia, gracias a su trayectoria profesional, no le resta valor al esfuerzo que hacen las demás para salir adelante con los medios que tienen al alcance.

Desde el punto de vista metodológico queremos hacer dos anotaciones que pueden ayudar a redirigir los esfuerzos de investigación sobre el tema. La primera tiene que ver con las limitaciones implícitas en el hecho de que las ocho chicas seleccionadas ya hubieran salido de la situación de violencia, o por lo menos pudieran hablar sobre

ella. Esto le imprime, sin duda, un tono positivo a sus relatos y, en consecuencia, a nuestro análisis. Es importante preguntarse qué dirían aquellas mujeres que actualmente se encuentran en una situación similar, o incluso la misma Zuly, que no pudo salir de ella. Sus historias necesitan ser recuperadas y documentadas para tener una imagen más completa de la problemática. Segundo, en el análisis realizado aquí estudiamos las representaciones de los varones hechas por las chicas, una vez terminada la relación. Es importante analizar la violencia de género también desde la vivencia masculina para profundizar en el conocimiento de un fenómeno por demás complejo.

Conviene retomar los seis puntos que, de acuerdo con Michalski (2004), contribuyen a que la violencia de género se perpetúe. Cinco de los seis fueron constatados en el presente estudio: la inequidad de género prevaleciente en la Uach -ambiente hostil en el que las mujeres permanentemente tienen que reafirmar su lugar-, el aislamiento de las chicas, la ausencia de sus posibles redes de apoyo -en este caso, su familia-, un alto grado de intimidación en la pareja, y la exposición pasada o presente -por parte de los hombres- a la violencia como forma de resolver conflictos, según la descripción de las autoras. El sexto y último, el grado de concentración de la autoridad de la pareja, es algo que, dada la naturaleza de los relatos, no pudimos constatar. Reiteramos la importancia de ver en la violencia de género un problema de carácter estructural que requiere de medidas de gran alcance para ser atacado. Estos cinco puntos dan los primeros indicios para hacerlo.

Hemos mostrado que algunos materiales testimoniales -como el libro de Castillejos (2005)- pueden ser examinados con profundidad y rigor si se aplica un método sistemático de análisis, anclado en la teoría social y la perspectiva de género. Ello nos ha permitido identificar patrones de desigualdad asociados a la génesis de la violencia de género, que de otra manera correrían el riesgo de pasar desapercibidos.

Bibliografía

- Amuchástegui, A. (2001). *Virginidad e iniciación sexual en México. Experiencias y significados*. México, D. F.: Edamex y Population Council.
- Altable, Ch. (2005). Modelos amorosos que matan. Recuperado el 27 de julio de 2008, de <http://www.sexalandalus.org/home/index.php?id=1499>
- Bourdieu, P. (1998). *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus.
- Campbell, J. C., Campbell, P. D. & Visscher, M. (1995). The influence of abuse on pregnancy intention. *Women's Health Issues*, 5, (4). 214-223.
- Castillejos Peral, S. (2005). *Cuéntame tu historia, mujer*. Chapingo: Universidad Autónoma Chapingo.
- Castro, R. (2004). *Violencia contra mujeres embarazadas. Tres estudios sociológicos*. México, D. F.: Crim/Unam.
- Castro, R. & Cacique, I. (2006). *Encuesta sobre la dinámica de las relaciones en el noviazgo en mujeres jóvenes estudiantes de bachillerato y preparatoria de la Universidad del Valle de México*. México, D. F.: Instituto Nacional de las Mujeres y Universidad del Valle de México (mimeo).
- Cavanagh, K. (2003). Understanding women's responses to domestic violence. *Qualitative Social Work*, 2, (3). 229-249.
- Cervantes, C., Ramos L. & Saltijeral, M. T. (2004). Frecuencia y dimensiones de la violencia emocional contra la mujer por parte del compañero íntimo. En M. Torres, (Comp.). *Violencia contra las mujeres en contextos urbanos y rurales* (pp. 239-267). México, D. F.: Colegio de México.
- Chávez, M. E., Vázquez, V. & de la Rosa, A. (2007). El chisme y las representaciones sociales de género y sexualidad en estudiantes adolescentes. *Perfiles Educativos*, 29, (115). 21-48.
- De Keseredy, W. S. (2000). Current controversies on defining non-lethal violence against women in intimate heterosexual relationships. *Violence against Women*, 6, (7). 728-746.
- Díaz, S. (1997). Los chapingueros se pintan solos. Del macho con matona al macho con botas... norteñas en el mundo Marlboro. *Tzapinco* 155. 32-34.
- Freyermuth, G. (2004). La violencia de género como factor de riesgo en la maternidad. En M. Torres, (Comp.). *Violencia contra las mujeres en contextos urbanos y rurales* (pp. 83-110). México, D. F.: Colegio de México.

- Galindo, R. (1999). La educación agronómica desde un enfoque de género. Tesis para optar el título de Licenciada en Sociología, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México, Ciudad de México, México.
- Gazmararian, J. A., Et al. (1995). The relationship between pregnancy intendedness and physical violence in mothers of newborns. The Prams working group. *Obstet. Gynecology*, 85, (6). 1031-1038.
- Goffman, E. (1984). *Internados. Ensayos sobre la situación social de los enfermos mentales*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Godwin, M. M., Et al. (2000). Pregnancy intendedness and physical abuse around the time of pregnancy: Findings from the pregnancy risk assessment monitoring system, 1996-1997. *Maternal Child Health Journal*, 4, (2). 85-92.
- Larson, R., Clore, G. & Wood, G. (1999). The emotions of romantic relationships. Do they wreak havoc on adolescents? En W. Furman, B. Brown & C. Feiring (Coords.). *The Development of Romantic Relationships in Adolescence* (pp. 19-49). Cambridge: Cambridge University Press.
- MacMahon, P., Goodwin, M. & Stringer, G. (2000). Sexual violence and reproductive health. *Maternal Child Health Journal*, 4, (2). 121-124.
- Michalski, J. H. (2004). Making sociological sense out of trends in intimate partner violence. *Violence against Women*, 10, (6). 652-675.
- Montaño, L. (2006). Problemática de violencia, género y sexualidad entre los y las estudiantes de la Universidad Autónoma Chapingo. Tesis para optar el título de Maestra en Ciencias, Programa de Estudios para el Desarrollo Rural, Colegio de Postgraduados en Ciencias Agrícolas, Montecillo, México.
- Organización de Naciones Unidas (1993). *Declaración sobre la eliminación de la violencia contra la mujer*. Nueva York: ONU.
- Ramírez, J. C. (2005). *Madeiras entreveradas. Violencia, masculinidad y poder*. México, D. F.: Universidad de Guadalajara, Plaza y Valdés.
- Ramírez, M. A. (2003). *Hombres violentos. Un estudio antropológico de la violencia masculina*. México, D. F.: Plaza y Valdés, Instituto Jalisciense de las Mujeres.
- Rivera, L., Allen, B., Rodríguez, G., Chávez, R. & Lazcano, E. (2006). Violencia durante el noviazgo, depresión y conductas de riesgo en estudiantes femeninas (12-24 años). *Salud Pública de México*, 48, (2). 288-296.
- Rodríguez, G. & de Keijzer, B. (2002). *La noche se hizo para los hombres*.

- Sexualidad en los procesos de cortejo entre jóvenes campesinas y campesinos*. México, D. F.: Edamex, Population Council.
- Torres, M. (2004). Introducción. En M. Torres (Comp.). *Violencia contra las mujeres en contextos urbanos y rurales* (11-40). México, D. F.: El Colegio de México.
- Town, A. & Adams, P. (2000). If I really loved him, he would be okay. *Violence against Women*, 6, (6). 558-585.
- Vázquez, V. & Chávez, M. E. (2006). Las mujeres son más peligrosas mediante la palabra: percepciones sobre el chisme entre estudiantes de la Universidad Autónoma Chapingo. *Agricultura, Sociedad y Desarrollo*, 3, (2). 107-137.
- Velázquez, S. (2004). *Violencias cotidianas, violencias de género. Escuchar, comprender, ayudar*. Buenos Aires: Paidós.

Referencia

Verónica Vázquez García y Roberto Castro, “ ‘¿Mi novio sería capaz de matarme?’ Violencia en el noviazgo entre adolescentes de la Universidad Autónoma Chapingo, México”, *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud, Manizales, Doctorado en Ciencias Sociales, Niñez y Juventud del Centro de Estudios Avanzados en Niñez y Juventud de la Universidad de Manizales y el Cinde*, vol. 6, núm. 2, (julio-diciembre), 2008, pp. 709-738.

Se autoriza la reproducción del artículo, para fines no comerciales, citando la fuente y los créditos de los autores.
